

Cuando Dios
te devuelve
la vida...

"Él nos devolvió la vida en un instante cuando otros, accidental o inconscientemente, intentaron arrebatárnosla".

El Valle de Arán, a cuatro horas de Barcelona, España, nos abrió sus puertas y nos recibió con sus blancas montañas, sus árboles repletos de copos de nieve y la desbordante amabilidad de su gente, que nos daba la bienvenida para pasar nuestras vacaciones.

Mis hijas y yo llegamos por primera vez a conocer esta hermosa región, con un entusiasmo y una curiosidad que nos llenaba el alma de alegría. La noche que arribamos desde Barcelona, nos trajo nuestro querido Paco, el conductor que nos cuidaba y nos llevaba por todo el valle, como si ya fuera nuestro tío.

Comenzamos temerosas a subir sus montañas y los amables monitores de esquí nos llevaban de la mano y nos enseñaban, poco a poco, a deslizarnos por la nieve que parecía de blanco algodón.

Algunos días eran soleados y se nos desbordaba el alma de asombro por ver cómo brillaba el reflejo del sol

sobre la nieve escarchada; otros días nevaba tanto, que no alcanzábamos a ver ni la punta de nuestros esquís cuando intentábamos bajar por las montañas con tan poca visibilidad.

La penúltima noche salí con mis hijas, Verónica y Valerie, a cenar después de conocer las encantadoras callecitas de Vielha, la capital del Valle de Arán.

Durante nuestra cena hablábamos sobre cuán felices estábamos con esta experiencia tan espectacular que nos había regalado Dios, la vida y cada una de las lindas personas que nos encontrábamos por este camino desconocido para nosotras, que venimos del lejano Caribe tropical, Colombia.

Paco, el taxista, llegó muy puntual para regresarnos a nuestro segundo hogar temporal y veníamos eligiendo las mejores fotos para armar un videíto que nos recordara lo mejor de cada día, de esos días que queríamos tatuar en el alma para siempre.

Nuestro corazón vibraba de alegría, de felicidad y de entusiasmo. Estábamos ya subiendo por las montañas escarpadas del Valle de Arán cuando, minutos antes de llegar al hotel y en medio de la oscuridad, nuestra burbuja de alegría y perfección explotó y voló en mil pedazos; nuestras cabezas estaban aturdidas con una nefasta y espantosa explosión que no sabíamos de dónde provenía. Nuestros cuerpos volaban dentro de la camioneta, como en cámara lenta, y se estrellaban violentamente entre ellos, como si una fuerza extraña, desconocida y monstruosa nos intentara sacudir hasta reventar.

La camioneta quedó incrustada contra la baranda de metal, como si esta la abrazara para contenernos y no dejarnos rodar por un abismo fatal. Las bolsas de aire blan-

cas salían abrazando y conteniendo a Paco y millones de trozos de vidrios volaban en mil estallidos como pólvora maldita. Cuando todo este impacto se detuvo, solo se escuchaban los gritos y gemidos de una madre adolorida, más en el alma que en el cuerpo, desgarrada de dolor y angustia por proteger y salvaguardar la vida de sus hijas.

Yo gritaba enloquecida: ‘¡Mis niñas, mis niñas, ¿están bien?!’. Ellas como unas fuertes guerreras parecía que se habían preparado para este combate que se daba entre la vida y la muerte.

Mi Verónica me decía: ‘¡Estamos bien, Ma! ¡Tranquila!’. Mi Valerie me respondía lo mismo, pero cuando nos volteamos a verla, la mitad de su carita estaba bañada en sangre que rodaba a borbotones por sus mejillas y cuello.

Paco, atrapado por las latas y la impotencia, pero con una serenidad y una valentía increíbles, logró llamar a la policía y a las ambulancias, mientras que un buen samaritano, que pasaba por ahí, descendió de su carro para auxiliarnos. Nos ayudó a abrir la puerta de Valerie y a quitar los restos de vidrios; ella fue la que recibió el impacto casi letal de un imponente Audi rojo, el cual estaba totalmente destruido y abandonado, pues un joven de aproximadamente veintún años, bastante ebrio e inconsciente, se había dado a la fuga.

Solamente veíamos sirenas, ambulancias, humo y olor a quemado. Adoloridas y heridas en cuerpo y espíritu, tan solo queríamos escapar de tan horrenda escena. Nuestra mente en *shock* se preguntaba una y otra vez: ¿Cómo Dios te devuelve la vida cuando los irresponsables inconscientes te la arrebatan, presos de sus locuras cristalizadas en alcohol?

Verónica se convirtió como en la Mujer Maravilla y con una fuerza y un tesón, que nacían de la poderosa

fortaleza de su espíritu heroico, tomó a su hermana de la mano y le pedía: ‘¡Resiste, respira y resiste!’. ‘No puedes desfallecer, no puedes dormirte –le clamaba–. Todo va a estar bien’, mientras ella aguantaba su propio dolor y mi cuerpo temblaba del frío y del terror, suplicándole a Dios por auxilio y compasión.

Llegaron dos ambulancias inmediatamente, junto con policías, bomberos, guardias civiles y un ejército de ángeles españoles para salvarnos la vida, pues por segundos la habíamos perdido. Valerie tenía la mirada fija, casi sin parpadear; su cara era como un cuadro de terror petrificado, congelado, que solo transmitía angustia diluida en fortaleza y valentía, en fuerza para dar la batalla y no dejarse llevar por el aturdimiento, las náuseas y el frío de la sangre que enjuagaba su bello rostro.

Yo era fiel testigo de cómo mis dos niñas sacaban sus mejores recursos espirituales y emocionales para ganarles la batalla al miedo y a la desolación. Se las querían llevar en dos ambulancias y en ese momento me sentí morir. Le imploré como una chiquilla al paramédico: ‘¡Déjame ir con ellas, te lo suplico! Soy su madre’. Y él me respondió, lleno de empatía y amor: ‘¡Vamos! Sube conmigo, adelante, que vamos pronto al hospital’.

Miraba para atrás, en la ambulancia, y solo veía a dos guerreras luchando por resistir. Éramos el mejor equipo, teníamos que pelear y ganar. Yo tenía solo un arma, mi oración y mi fe, y repetía sin cesar: “Bendito Dios, todo poderoso, cuídalas, sánalas y que, por tu poder, Valerie no tenga hemorragias internas. Todo estará bien, lo declaro con el poder de mi fe”.

Llegamos al hospital como en diez minutos, que parecieron como si estuviera sumergida bajo un océano negro

que, poco a poco, nos iba tragando y asfixiando. Entraron a mis niñas y a mí me detuvieron en la puerta: ‘Usted no puede entrar por restricciones del Covid’, me dijeron.

...Se llevan a tus hijas, te arrebatan tu vida, tu aire, tu existencia y, en ese momento, sientes y palpas tu verdadera fragilidad, tu impotencia, tu insignificante existencia...

Quedamos como abandonados y tirados en medio de un pequeño hospital desconocido, y en una aldea lejana y solitaria. Allí estábamos Dios y yo. No había nadie más en soledad, en diálogo interno, en súplica, en terror, pero esa noche nuestros ángeles guardianes trabajaron muy duro. Yo alcancé a mandar mi localización y la batería de mi celular murió.

Mi esposo, Alejandro, hacía dos días había partido a Madrid en medio de una tormenta de nieve que me tuvo preocupada por horas, mientras logró pasar la peligrosa montaña. Él, impotente, desde lejos solo podía mandarnos su amor y su fuerza. Mi hijo Simón y el padre de mis hijos, Carlos, estaban en Colombia, sumidos en angustia. Qué horror cómo se vive una tragedia en la distancia, nadie más sabía de este hecho tan lamentable.

Llegó el gran milagro, salió la doctora Yolanda, una bella y amable médica cubana, quien me dijo con voz suave y serena: ‘Mamá, sus niñas están bien. Verónica tiene el brazo roto a la altura de la muñeca, vamos a enyesarla. Y Valerie no tiene ninguna lesión craneal ni hemorragias internas, procedemos a coser las heridas y a dar analgésicos, pues están muy golpeadas’.

Paco, nuestro querido conductor, estaba también fuera de peligro; yo tenía un fuerte dolor en las costillas y el esternón, pero inexplicablemente mis placas de tórax

salieron perfectas. Estábamos todas, las enfermeras, las médicas, las niñas y yo, siendo testigos de un absoluto y contundente milagro.

Dios llegó con su corte de ángeles, nadie lo vio, pero todos lo tocamos, comprobamos su presencia y su protección desde ese instante en el que intenté abrir mi puerta para bajarme del carro... Dios me gritó fuerte en la voz de Vero: '¡Quieta ahí! No abras esa puerta, no te muevas, estamos contra el abismo'. Mi puerta abría hacia el precipicio negro y profundo que me habría tragado en un minuto.

Este relato lo teje mi alma rota y herida, como tejió la doctora Yolanda la piel de Valerie, en medio de sus gemidos de dolor. Como una madre herida, que se desangra por proteger a sus crías de los depredadores, así me desangré, anoche, por dentro. Aunque milagrosamente no tenía ni un rasguño, en mi interior tenía una hemorragia invisible, de esas que no se ven, pero que corren por las heridas de tu alma.

Gracias a Dios, mi coequipero, gracias a mis amigos, quienes estallaron en llanto cuando pasaron en frente de los carros destruidos, de camino al hospital. Gracias a cada uno de ustedes quienes nos han llamado, escrito, abrazado aquí y en la distancia.

Nuestro obsequio espiritual es regalarles este relato para que comiencen este año 2023 con la certeza de que la vida se va en un minuto. No lo olviden. Dios nos devolvió la vida cuando otros, accidental o inconscientemente, intentaron arrebatarla. Esto lo constatamos todos cuando reconocimos los dos carros destruidos por completo, en pérdida total. Cuando vemos las fotos, helados escalofríos recorren nuestros cuerpos. Otros fueron llamados por Dios

ya a su presencia y nuestro llamado final pudo haber sido anoche, en medio de risas y felicidad. No sabes cuándo sea tu momento, a todos nos viene a encontrar. No olvides que la muerte ya está caminando hacia ti, puede tardar años, meses, horas o segundos en llegar, pero ya viene a tu encuentro, por eso pregúntate, hoy:

¿Cómo estás viviendo?, ¿cómo quieres estar cuando te la encuentres de frente?, ¿eres feliz?, ¿quién estás eligiendo ser?

Desde que nací he tenido muchas conversaciones con ella por mi frágil condición de salud y en cada una le he dicho, 'no estoy lista para partir y dejar este mundo, pues aún tengo muchas huellas por dejar. Mis niñas tampoco lo están'. Y Dios les devolvió la vida en un segundo para vivirla plenamente y hacer de ella lo mejor que les haya sucedido jamás.

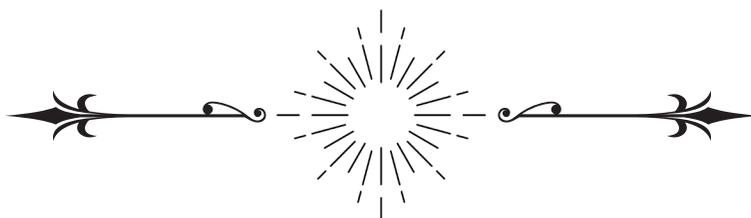
Vive cada día como si fuera el último, pues ella, la muerte, viene a llevarte en cualquier momento. Que cuando tú espíritu se eleve, se vaya tan alto hasta que en regocijo se abraza con Dios, su creador.

Nosotros aprendimos que la vida es un soplo sagrado de Dios; en un segundo bajamos al infierno y regresamos a ella. Por eso cada una de estas líneas pretende agradecer por la existencia de mis hijas, por tu vida y la mía, por la de cada una de las personas que oraron por nosotras, y por cada ángel que nos dio su mano en esta cadena de amor, que nos llena de gratitud eterna.

Prometimos regresar a Baqueira, la estación de esquí, y subir a lo más alto de la montaña, sin el miedo del primer día. Prometimos elevar una oración de gracias por nuestra vida, prometimos hacer unas fotos divinas en donde brille el sol, el cielo azul y la blanca nieve de algodón. Prometimos hacer un ritual de acción de gracias y

después dejarnos deslizar por la montaña, cuesta abajo en fe. Igual como aprenderemos a deslizarnos por la montaña de la vida. No es fácil aprender a esquiar, pero Arnau nuestro profesor nos enseñó:

“Si pones tus ojos en los esquís, te vas a caer seguro. Levanta la mirada y pon tus ojos en el camino y visualiza ese lugar a donde quieres llegar, entonces déjate deslizar, confía y fluye”.



Mi píldora para el alma:

La muerte viene caminando hacia tu encuentro, aunque te llevará a un lugar en el que se termina el sufrimiento, el temor y el dolor. No temas, solo prepárate para ese viaje eterno y sagrado, para que al encontrarte con ella la puedas tomar de la mano y partir con la certeza de que has dejado una huella de trascendencia en el mundo y en las personas que te acompañaron por este paso temporal. Dios te pedirá tu historia para revisarla contigo, entonces escríbela de la mejor manera posible, porque tú eres el único autor de tu libro.